

D. SANTÍSIMA TRINIDAD. EVANGELIO SEGÚN SAN JUAN 3,16-18.

En aquel tiempo dijo Jesús a Nicodemo:

-Tanto amó Dios al mundo que entregó a su Hijo único, para que no perezca ninguno de los que creen en él, sino que tengan vida eterna.

Porque Dios no mandó a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo se salve por él.

El que cree en él, no será condenado; el que no cree, ya está condenado, porque no ha creído en el nombre del Hijo único de Dios.

TESTIMONIAR EL AMOR DE DIOS

Hoy, «Solemnidad de la Santísima Trinidad», el Evangelio está tomado del «diálogo de Jesús con Nicodemo». Nicodemo era un miembro del Sanedrín, apasionado por el misterio de Dios, que «reconoce en Jesús a un maestro divino» y, por la noche, a escondidas, va a hablar con Él. Jesús lo escucha y comprende que es «un hombre que está en un proceso de búsqueda».

Entonces, primero lo sorprende, respondiéndole que «para entrar en el Reino de Dios es preciso renacer» y después le desvela «el corazón del misterio» diciéndole que Dios ha amado tanto a la humanidad que ha enviado a su Hijo al mundo. «Jesús, el Hijo, nos habla del Padre y de su inmenso amor».

Padre e Hijo. Es una imagen familiar que, si lo pensamos, echa por tierra nuestro imaginario sobre Dios. Efectivamente, la palabra «Dios» nos sugiere una realidad singular, majestuosa y distante, mientras que oír hablar de un Padre y un Hijo nos reconduce a casa. Sí, podemos «pensar en Dios a través de la imagen de una familia reunida en torno a la mesa donde se comparte la vida». Una mesa, que al mismo tiempo es altar y que es un «símbolo de la Trinidad». Es una imagen que nos habla de un Dios comunión. «Padre, Hijo y Espíritu Santo: comunión».

«¡Pero no es solo una imagen, es realidad!» Es realidad porque «el Espíritu Santo, el Espíritu que el Padre, mediante Jesús, ha infundido en nuestros corazones» nos hace experimentar «la presencia de Dios», presencia siempre «cercana y compasiva». El Espíritu Santo hace con nosotros como Jesús con Nicodemo: «nos introduce en el misterio del nuevo nacimiento», el nacimiento de la fe, de la vida cristiana, «nos desvela el corazón del Padre» y «nos hace partícipes de la vida misma de Dios».

La invitación que nos dirige, podríamos decir, es la de «sentarnos a la mesa con Dios para compartir su amor». Esta es la imagen. Esto es lo que sucede en cada Misa, en el altar de la mesa eucarística, donde «Jesús se ofrece al Padre y se ofrece por nosotros». Es así, nuestro Dios es «comunión de amor», y así nos lo ha revelado Jesús.

Del corazón de Dios «*brotó un designio de salvación no de condenación*». Jesús es la «*revelación del Dios verdadero y de su amor extremo por el mundo y la humanidad*». El Dios Uno y Trino es un Dios salvador.

Y para recordarlo tenemos el gesto más simple, que hemos aprendido de niños: «*la señal de la cruz*». Con esta señal de la cruz, trazando la cruz sobre nuestro cuerpo, recordamos «*cuánto nos ha amado Dios*», hasta dar la vida por nosotros, de forma que «*su amor nos envuelve completamente, de arriba abajo, de izquierda a derecha, como un abrazo que no nos abandona nunca*». Al mismo tiempo, nos comprometemos a «*testimoniar a Dios-amor*», creando comunión en su nombre.



Hoy podemos preguntarnos: «*¿testimoniamos a Dios-amor?*» ¿O bien Dios-amor se ha convertido para nosotros en un concepto, algo que hemos escuchado muchas veces pero que ya no nos mueve y no nos hace partícipes de una vida nueva y plena? Si Dios es amor, ¿nuestras comunidades lo testimonian? «*¿Nuestras comunidades saben amar?*» Y en nuestra familia, «*¿sabemos amar en familia?*» ¿Tenemos siempre la puerta abierta, «*sabemos acoger a todos*», subrayando a todos, acoger como hermanos y hermanas? «*¿Ofrecemos a todos el alimento del perdón de Dios y el vino de la alegría evangélica?*» ¿Se respira aire de casa, o nos parecemos más a una oficina o a un lugar reservado donde solo entran los elegidos? «*Dios es amor, Dios es Padre, Hijo y Espíritu Santo*», y ha dado la vida por nosotros, por eso hacemos la señal de la cruz.

Que María nos ayude a «*vivir la Iglesia como una casa en la que se ama de manera familiar*», para gloria de Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo ¡Que así sea!